



MISERICORDIA Y VIDA COTIDIANA

Las catorce obras de misericordia, comentadas por Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei

* * *

El Papa Francisco convocó un año jubilar dedicado a la Misericordia, que se extendió del 8 de diciembre de 2015 al 20 de noviembre de 2016.

A lo largo de ese tiempo, la página web del Opus Dei publicó 14 meditaciones en audio de monseñor Javier Echevarría sobre las obras de misericordia corporales y espirituales.

Este libro electrónico recoge el contenido de esas emisiones. En esta edición digital se han introducido ligeras modificaciones para adaptar el lenguaje oral al texto escrito.

Roma, 20 de noviembre de 2016.

Clausura del Año Jubilar de la Misericordia.

* * *

INDICE

Introducción

Obras de misericordia corporales

- Visitar y cuidar a los enfermos
- Dar de comer al hambriento
- Dar de beber al sediento
- Vestir al desnudo
- Visitar a los encarcelados
- Dar posada al peregrino
- Dar sepultura a los difuntos

Obras de misericordia espirituales

- Enseñar al que no sabe
- Dar buen consejo al que lo necesita
- Corregir al que se equivoca
- Perdonar al que nos ofende
- Consolar al triste
- Sufrir con paciencia los defectos del prójimo
- Rezar por los vivos y por los difuntos

INTRODUCCIÓN

El Jubileo Extraordinario convocado por el Papa Francisco pone la misericordia en el centro de atención del caminar cristiano. El Santo Padre ha dicho que la misericordia es una “palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros, ya que Él no se limita a afirmar su amor, sino que lo hace visible y tangible”¹.

Cada uno de sus hijos puede ser testigo del amor de Dios en el decurso de su propia vida, y de que estamos llamados a responder con amor a ese amor. El Papa invita a todos a ser portadores de la misericordia de Dios, que tantas veces hemos experimentado personalmente. Basta pensar en cuántas veces nos perdona –¡siempre!–, en el sacramento de la Penitencia. Por eso, los próximos meses deben ser un “tiempo propicio para la Iglesia, para que muestre más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes”².

Esa cercanía del Señor nunca podrá quedarse en una palabra abstracta; a diario ha de traducirse en obras, en la conducta concreta de cada jornada, en esas “intenciones, actitudes y comportamientos que se verifican en el vivir cotidiano”³. El sucesor de Pedro ha manifestado que “la misericordia de Dios nos muestra su responsabilidad por cada uno de nosotros. Él se siente responsable, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos. Sobre esta misma longitud de onda –continúa el Santo Padre– se ha de orientar el amor misericordioso de los cristianos. Como ama el Padre celestial, así han de amar los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros”⁴.

¹ Francisco, *Bula Misericordiae Vultus*, n. 10.

² Francisco, *Op. Cit.*, n. 3.

³ Francisco, *Op. Cit.*, n. 9.

⁴ *Ibid.*

En este sentido, adquieren un peso muy serio las obras de misericordia que Nuestro Señor transmitió a su Iglesia. Jesucristo –el “rostro de la misericordia del Padre”– invita a los cristianos a volver los ojos a Él constantemente y con atención, con deseos de llegar a unirnos a su vida, de imitarle como los pequeños imitan a sus padres o a sus hermanos mayores.

San Josemaría Escrivá, fundador del Opus Dei, cultivó con pasión durante su caminar terreno las obras de misericordia corporales y espirituales, siguiendo a Jesucristo. Con razón pudo escribir en una de sus homilías: “Se comprende muy bien la impaciencia, la angustia, los deseos inquietos de quienes, con un alma naturalmente cristiana, no se resignan ante la injusticia personal y social que puede crear el corazón humano. Tantos siglos de convivencia entre los hombres y, todavía, tanto odio, tanta destrucción, tanto fanatismo acumulado en ojos que no quieren ver y en corazones que no quieren amar”⁵.

A continuación, detalló algunos de los males que aquejan al mundo: “Los bienes de la tierra –puntualizaba san Josemaría–, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura, encerrados en cenáculos. Y, fuera [de esos lugares], hambre de pan y de sabiduría, vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como números de una estadística”⁶.

Ante la ausencia de misericordia y de auténtica fraternidad, no cabe dejarse llevar por el desaliento, sino acoger el consejo de san Juan de la Cruz: “Pon amor donde no hay amor y sacarás amor”⁷. Estamos llamados –¡todos!– a ser *otros Cristos, el mismo Cristo*, y así actuar en su nombre, contagiando la caridad en todos los lugares. En este sentido, también san Josemaría señalaba que Jesucristo “continúa invitándonos a que pongamos en práctica ese mandamiento nuevo del amor, el *mandatum novum* (...). Hay que reconocer a Cristo, que nos sale al encuentro

⁵ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 111.

⁶ *Ibid.*

⁷ San Juan de la Cruz, *Carta a la M. M^a de la Encarnación*, en *Vida*, BAC, p. 1322.

en nuestros hermanos los hombres. Ninguna vida humana es una vida aislada, sino que se entrelaza con otras vidas, con la nuestra. Ninguna persona es un verso suelto, sino que formamos todos parte de un mismo poema divino, que Dios escribe con el concurso de nuestra libertad”⁸.

Quizá alguno podría pensar que –sobre todo en los países más avanzados– los progresos en la asistencia social, sanitaria, laboral, etcétera, harían innecesarias, o hasta superfluas, las tradicionales obras de misericordia: ¡y no es así! Incluso en las naciones más desarrolladas, muchas personas se desenvuelven en el umbral de la pobreza, carecen de los servicios más elementales o sufren la soledad o el abandono, aunque dispongan de medios materiales. Certeramente, el fundador del Opus Dei observaba, muchos años atrás, que, cuando las circunstancias históricas parecen haber superado la miseria o el dolor, precisamente entonces se vuelve más urgente esta agudeza de la verdadera fraternidad cristiana, que sabe adivinar dónde hay necesidad de consuelo, también en medio del aparente bienestar general.

Con la ayuda de Dios, a lo largo de estos meses, me propongo ofrecer algunas consideraciones sobre las catorce obras de misericordia, espirituales y corporales, con la intención de que calen más profundamente en nuestra existencia ordinaria. En los avatares de cada jornada –el trabajo, la vida en familia, las relaciones con los demás–, el Maestro nos invita a identificarnos con Él. De esa forma, nuestro caminar terreno con Jesucristo podrá convertirse en una “escuela de misericordia”.

⁸ San Josemaría, *Op.Cit.*, n.111.

OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES

VISITAR Y CUIDAR A LOS ENFERMOS

La primera obra de misericordia corporal que nos propone la Iglesia se centra en visitar y cuidar a los enfermos: una tarea que Jesucristo realizó con continuada frecuencia durante su paso por la tierra. Entre otras muchas escenas del Evangelio, le vemos sanar a la suegra de Pedro, devolver la salud a la hija de Jairo, atender al paralítico de la piscina de Betsaida o pararse ante los ciegos que le esperaban a la entrada de Jerusalén. El dolor de esas personas nos muestra que Dios va a su encuentro y les anuncia la salvación que ha venido a traer a todos los hombres.

En los enfermos, el Señor contemplaba a la humanidad más necesitada. Sucede que, mientras gozamos de salud, puede surgir la tentación de olvidarnos del mismo Dios, pero cuando se presenta el dolor o el sufrimiento en nuestra vida, quizá viene a nuestra mente el grito del ciego de Jericó: “¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!”¹. En la debilidad, nos sentimos criaturas especialmente menesterosas.

Detengamos también nuestra marcha ante las fatigas de los demás, como vemos en el proceder de Cristo. El Espíritu Santo, Amor infinito, consolará a otras personas a través de nuestra compañía, de nuestra conversación y de nuestro silencio respetuoso y constructivo cuando el paciente lo necesite. Todos nos ocupamos de numerosas actividades cada día, y las tareas se multiplican sin cesar, pero no debemos permitir que una agenda apretada conduzca nuestra vida al olvido de los enfermos.

¹ Mc 10, 48

Son muchos los ejemplos de santos y de santas que imitaron a Jesús, también en esta obra de misericordia. Por ejemplo, san Josemaría solía explicar que el Opus Dei había nacido –como una necesidad– en los hospitales, entre los enfermos. Desde que se trasladó a Madrid en 1926 ó 1927 y hasta 1931, colaboró intensamente en varias instituciones asistenciales –el Patronato de Enfermos, la confraternidad de San Felipe Neri, etc.– desde donde se atendían a pacientes de los hospitales y de las periferias de la capital. Madrid contaba entonces con más de un millón de habitantes; los suburbios estaban muy distantes entre sí, escaseaban los medios de transporte y, con el fin de servir a los enfermos en sus casas y chabolas, acudía donde fuera preciso, siempre a pie, y les transmitía el aliento de Cristo y el perdón de Dios Padre. ¡Cuántas personas se habrán ido al Cielo por esa labor sacerdotal de san Josemaría!

En esos u otros hospitales y lugares, sobre todo a partir de 1933, iba acompañado por algunos jóvenes a quienes asistía en su vida espiritual. Con ellos, ofrecía a los pacientes palabras de cariño o les prestaban diversos servicios, como lavarles, cortarles las uñas, peinarles o facilitarles una buena lectura. Precisamente muchos de esos jóvenes, al contacto con el dolor y la pobreza de otras personas, descubrieron con hondura a Jesús en el enfermo y en el desvalido.

Hijas e hijos míos, amigos y amigas que participáis en los apostolados de la Prelatura, esta atención a los desvalidos no ha de reducirse a una característica sólo de los inicios: el Opus Dei sigue naciendo y creciendo cada día en ti, en mí, cuando practicamos la misericordia con los desamparados, cuando descubrimos a Cristo en las almas que nos rodean, especialmente en las atormentadas por algún mal.

Como Cristo, llevémosles la misericordia de Dios con nuestros cuidados, con nuestra presencia, con nuestros servicios, incluso con una simple llamada telefónica. Podremos así distraerles del dolor o de la soledad, escuchar con paciencia las preocupaciones que les oprimen,

transmitirles cariño y fortaleza para que reaccionen con dignidad ante sus circunstancias; y recordarles que la enfermedad es una ocasión para unirse a la Cruz de Jesús.

En *Camino*, obra conocida en todo el mundo, san Josemaría escribió: “—Niño. — Enfermo. —Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula? Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son Él”². Ya desde su juventud, san Josemaría veía a Cristo en quienes sufren, porque Jesús no sólo curó a los enfermos, sino que se identificó con ellos. El Hijo de Dios padeció dolores inmensos: pensemos, por ejemplo, en su agotamiento físico y espiritual en el huerto de los olivos, en la indescriptible pena de cada latigazo durante la flagelación, en el dolor de cabeza y la debilidad física que debieron inundarlo con el pasar de las horas durante la Pasión...

Para quienes padecen una enfermedad, esa situación doliente quizá se acoja como una carga oscura y carente de sentido; la realidad puede tornarse sombría y sin razón. Por eso, si el Señor permite que experimentemos el dolor, aceptémoslo. Y si hemos de ir al médico, obedezcamos dócilmente sus indicaciones, seamos buenos pacientes: con la ayuda del Cielo, esforcémonos en aceptar esa situación y deseemos recuperar las fuerzas para servir con generosidad a Dios y a los demás. Pero, si su voluntad fuera otra, digamos como la Virgen: *fiat!*, ¡hágase! Cúmplase tu voluntad...

De esta forma, sabremos dirigirnos al Señor en nuestra oración, manifestándole: “Yo no entiendo lo que quieres, pero tampoco exijo que me lo expliques. Si Tú permites la enfermedad, concédeme la ayuda para sobrellevar este tiempo: que me una más a ti, que me una más a quienes me acompañan, que me una más a toda la humanidad”. Y, repitiendo unas palabras de san Josemaría, confiemos al Espíritu Santo: “¡Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de

² San Josemaría, *Camino*, n. 419.

gozo y de paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras...”³.

¡Cuánto bien causa al alma de cada una y de cada uno ser portadores de la misericordia! Roguemos al Señor, a través de su Santísima Madre, que nos sostenga para transmitir el cariño de Dios a quienes carecen de salud, y acojamos con paz la misericordia del Señor, si su Voluntad se traduce en que nos unamos a Él por medio de la Cruz.

³ San Josemaría, Texto autógrafo citado en *Camino, edición crítico histórica*, Rialp, 2002, p. 271.

DAR DE COMER AL HAMBRIENTO

DAR DE BEBER AL SEDIENTO

Nos detenemos hoy en dos obras de misericordia materiales: dar de comer al hambriento y dar de beber al sediento. Dios, Padre de Misericordia, ha alimentado a lo largo de los siglos a su Pueblo y lo hace ahora a diario, cuando pone en nuestra mesa los alimentos que tomamos. Por eso, resulta muy oportuno que se extienda entre las familias la costumbre de rezar una oración antes de las comidas, y de agradecer a Dios sus beneficios al terminar. No nos abstengamos de manifestar esta costumbre, también cuando nos encontremos fuera del propio hogar, pues encierra una profunda manifestación de fe, y quizá sea un apostolado eficazísimo ante quien nos ve.

En este Jubileo Extraordinario de la Misericordia, el don diario de los alimentos ha de reavivar en nosotros no sólo la acción de gracias a Dios, sino también la preocupación por aquellos hermanos que carecen del sustento diario. Pensemos en esos millones de personas en el mundo que no cuentan con nada o con casi nada que llevarse a la boca. Por contraste, en algunos lugares se desperdician a veces los alimentos: por motivo de reducción de reservas, por negligencia o con la finalidad de mantener altos los precios.

“El alimento que se desecha –son palabras del Santo Padre– es como si se robara de la mesa del pobre”¹. Por eso, el Papa ha invitado en diversas ocasiones a mejorar la distribución de los productos en el mundo, y combatir así, con esta y otras iniciativas, la *cultura del descarte*, como él mismo afirma.

Volvamos nuestra mirada a Cristo, y admiremos cómo multiplica los panes y los peces para saciar a la multitud hambrienta. Poco antes, los Apóstoles le habían sugerido que despidiese

¹ Francisco, *Audiencia general*, 5 junio 2013.

a la gente: “Que vayan a los pueblos y caseríos de los alrededores en busca de albergue y alimento, porque estamos en un lugar desierto”². Los Apóstoles pretendían que, después de haber escuchado juntos la Palabra de Dios, cada familia buscara el sustento por su cuenta. Pero el Señor manifiesta con hechos que alimentar al hambriento nos afecta a todos: “Dadles vosotros de comer”³, les responde, y a continuación opera el portentoso milagro que llena de sorpresa a todos.

Los Doce aprendieron bien la lección, pues más adelante, en los primeros años de la Iglesia, fomentaron la distribución de alimentos entre los fieles más pobres. Esta actitud se ha manifestado en la Iglesia hasta hoy, y han brotado numerosísimas iniciativas de caridad impulsadas por los cristianos. En países menos desarrollados, y también en las periferias de aquellos desarrollados, han surgido bancos de alimentos, comedores públicos, escuelas de cocina para personas sin formación y otras muchas iniciativas de servicio. No nos conformemos con admirar estas iniciativas; al menos, recemos para que sean muy eficaces y pongamos nuestra mano si estamos en condiciones de hacerlo.

Llenos de gozo y generosidad, seamos portadores de la misericordia de Dios con todos, y especialmente con los indigentes. Las posibilidades –muy variadas– no faltarán si practicamos la caridad: por ejemplo, dedicar periódicamente un tiempo en organizaciones de solidaridad; implicarse en esa misma tarea también como ocupación profesional; aportar ayudas económicas a esas iniciativas; trabajar para modificar las leyes que impiden un comercio justo de los alimentos; evitar el derroche de comida en la propia casa, etcétera.

² *Lc*, 9,12.

³ *Lc*, 9,13.

Deben resonar en nuestras almas las palabras de Jesucristo: “Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber”⁴. Preguntémonos: ¿qué puedo hacer yo? ¿Cómo animo a los demás?

Jesús, que es Dador de Vida, no solamente repartió los panes y los peces en una colina de Galilea, sino que, cuando llegó el momento sublime de la Última Cena, le vemos distribuir el pan convertido en su Cuerpo y el vino convertido en su Sangre. Si en alguna ocasión encontramos excusas para no empeñarnos en obras de caridad, o si el egoísmo nos inclina a apartar la vista de quienes carecen del mínimo necesario; si derrochamos dinero en nuestros gastos; o si pensamos que el hambre es un tema demasiado complejo para afrontarlo personalmente, miremos más fijamente a Cristo–Eucaristía: Él, suma Justicia, se ha ofrecido como Alimento y se ha dado completamente. Vino a este mundo, para que su Vida sirviera como sustento de la nuestra. Su generosidad nos otorga vigor, y su muerte nos devuelve la vida.

Jesucristo, rostro de la misericordia del Padre, nos brinda el sustento de su Cuerpo y de su Sangre bajo las apariencias de pan y de vino, trayéndonos así una participación en la vida eterna. Imitémosle: nosotros no podemos llegar a ese extremo de entrega, pero sí contamos con la capacidad de dar de comer y de beber a los miembros del Cuerpo místico de Cristo, invitándoles a acercarse a la Eucaristía y también a otras ayudas materiales.

Desde los comienzos del Opus Dei, san Josemaría inculcó a quienes acudían a formarse a su lado el gran afán cristiano de salir al encuentro de los indigentes, de quienes carecen de medios materiales; y se dirigió amablemente a los necesitados y a otros que trataban de ocultar su pobreza con dignidad. Les llamaba *los pobres de la Virgen*, y habitualmente los visitaba en sábado, en honor de Nuestra Señora. Practicaba esa obra de misericordia sin humillar. Además, con los

⁴ Mt, 25,35.

muchachos a los que sugería que le acompañaran, facilitaba que diesen un poco de dinero o algo entretenido para leer, unos juguetes para los niños, unos dulces a los que sólo tenían acceso los ricos...; y, sobre todo, les transmitía afecto, conversación, interés verdadero por sus necesidades y sus problemas, porque veían en ellos –¡con alegría!– que estaban trabajando con sus hermanos.

Ocasiones similares podrán repetirse a diario también en las vidas de cada uno, de cada una. Podemos pedir a san Josemaría que nos ayude a identificarlas y a seguir su ejemplo de servicio, de caridad, que es cariño verdadero.

VESTIR AL DESNUDO Y VISITAR A LOS ENCARCELADOS

Este mes podemos reflexionar sobre dos obras de misericordia materiales, que abordan diferentes tipos de pobreza: la de quien no tiene vestido y la de quien carece de libertad.

Vestir al desnudo no es sólo resguardar al cuerpo de la intemperie; equivale también a ayudar a una persona a mantener su dignidad. El vestido hace posible, a cada hombre y a cada mujer, presentarse convenientemente ante los demás y es, frecuentemente, reflejo de cristiana elegancia interior.

Al meditar la Pasión del Señor, salta a la vista que Cristo padece las injusticias de los hombres. Nadie, nadie, salvo su Madre y pocas personas más, le dirige un gesto de misericordia en las horas de la crucifixión. Le arrancaron incluso sus vestidos, que fueron sorteados entre los soldados. Cuando Jesús nos invitó a vestir al desnudo, sabía que ni siquiera ese gesto de misericordia le sería concedido a Él. La desnudez de Cristo en la Cruz es imagen de la ausencia de misericordia por parte de nosotros los hombres, de las mujeres, de nuestra falta de amor, de la frialdad causada por nuestras ofensas y del egoísmo.

Lo que nuestros antepasados no hicieron en el Gólgota, podemos en cierta manera enmendarlo ahora con nuestros hermanos los hombres. No son pocos, también en las sociedades opulentas, los que no disponen de medios materiales ni para proporcionarse ropa digna, ni para vestirse con normalidad. Este Jubileo nos ofrece otra ocasión para abrir “los ojos para mirar las miserias del mundo”¹, y descubrir también en nuestro entorno a estas personas necesitadas. Existen, o se pueden promover, instituciones de caridad con las que es posible contribuir de

¹ Francisco, Bula *Misericordiae Vultus*, n. 15.

diferentes maneras –con nuestro tiempo o nuestro dinero–, para facilitar ropa digna a quien lo necesita.

Al mismo tiempo, en una sociedad que ha hecho de la moda un peso que en ocasiones esclaviza, esta puede ser una ocasión para destinar algún dinero a obras de caridad, ahorrándolo de compras de ropa originadas por el capricho y cuidando mejor los propios vestidos. También cabe esforzarnos por dar ejemplo con una apariencia externa sencilla y digna.

Ejerceremos también esta obra de misericordia si ayudamos –con caridad, respeto y paciencia– a quienes, por pobreza de ideales o de formación, rebajan su propia dignidad en el modo de vestir. Sugerir que no se sigan ciertas modas de malo o de gusto dudoso, es una tarea educativa de especial importancia de los padres y madres hacia sus hijos e hijas, y de cualquier persona hacia sus amigos o amigas. Cada uno de nosotros es hijo o hija de Dios, y también el modo de vestir forma parte del reconocimiento de la propia dignidad. Hagamos ver que los vestidos, los trajes, cubren un cuerpo informado por el alma espiritual, que es lo importante, y destinado a la resurrección gloriosa.

Otra obra de misericordia clara es acudir a visitar a los encarcelados. De nuevo, volvemos a mirar a Cristo: el Señor de la Tierra estuvo cautivo la noche previa a su crucifixión. ¡Qué horas tan amargas para Jesús! Le privaron de la libertad encerrándolo, mientras aguardaba un juicio y una condena absolutamente injustos, inicuos. Paradójicamente, en un acto de completa libertad, aquel Prisionero, con mayúscula, –despreciado por todos–, nos estaba liberando del pecado y no desdeñaba ese servicio porque es el Hijo de Dios, hermano de todos los hombres y mujeres.

Quien está privado de la libertad necesita ser confortado en la esperanza. Por eso, en numerosas ocasiones, los Papas, también el Papa Francisco, han ido a visitar a los presos, y les han transmitido palabras de aliento, invitándoles a aprovechar ese periodo de sus vidas para

abrirse a Dios. “Cuando Jesús entra en la vida –dijo el Papa Francisco en una cárcel de Bolivia–, uno no queda detenido en su pasado sino que comienza a mirar el presente de otra manera, con otra esperanza. Uno comienza a mirar con otros ojos a su propia persona, a su propia realidad. No queda anclado en lo que sucedió, sino que es capaz de llorar y encontrar ahí la fuerza para volver a empezar”².

Visitar a los presos, o ayudarles en su reinserción social, es servir a quienes han sido apartados de la sociedad. ¡Qué labor más hermosa pueden desempeñar los que trabajan o colaboran en esa tarea! Especialmente, atendiendo a quienes se hallan presos por motivos religiosos, tan frecuentemente ahora.

Pensemos también en quienes están encerrados no en cárceles de cemento, sino entre rejas de otro tipo: las que originan el alcohol, la pornografía, las drogas, u otros vicios que aherrojan el alma y la hunden en un abismo.

Llevemos a todas estas personas nuestra cercanía, nuestra comprensión, nuestros consejos y, por encima de todo, nuestra oración. Recordémosles que Dios no deja caer de su mano a nadie, que no abandona a ninguno de sus hijos. A todos ofrece nuevas oportunidades, siempre, hasta el último instante de nuestros días.

San Josemaría acudió en ocasiones a la cárcel modelo de Madrid durante los años 30 del siglo pasado. Allí había algunos jóvenes a los que atendía espiritualmente, encarcelados exclusivamente por motivos políticos. Vestido con sotana, en tiempos donde se agredía a los sacerdotes, les ayudaba a rezar y les animaba a aprovechar el tiempo, estudiando idiomas o repasando el catecismo. Incluso, en ese ejercicio de la caridad, les invitó a que jugaran a fútbol

² Francisco, *Discurso en el Centro de Rehabilitación Santa Cruz* (Bolivia), 10 julio 2015.

con presos de ideas opuestas –anticristianas–, para que, de esa amistad que se generaba con el deporte, pudiera surgir el respeto mutuo.

San Josemaría sabía que las cárceles, físicas o morales, pueden ser también lugares de encuentro con Cristo, lugares de conversión profunda. Por eso recomendaba a los fieles de la Prelatura que no dejásemos de ocuparnos de esa tarea con un sentido cristiano y de fraternidad. Si los cristianos llevamos a esos lugares el bálsamo de la misericordia de Dios, muchos de los detenidos podrán experimentar la verdadera liberación: la conciencia de saberse hijos de Dios y, por tanto, amados sin condiciones, y protegidos también por nuestra Madre, la Virgen.

DAR POSADA AL PEREGRINO

“Era peregrino y me acogisteis”¹. Quienes escucharon estas palabras de Jesucristo, conocían bien los peligros que amenazaban a aquellos que se aventuraban por los caminos: ladrones, fieras, una climatología adversa u otros riesgos. También María y José experimentaron la indefensión de los peregrinos cuando Cristo vino al mundo. Una tras otra, se les cerraron las puertas de Belén. Sólo un establo acogió al Dios nacido. Tiempo después, la Sagrada Familia, perseguida por el rey Herodes, marchó al exilio en un país extranjero, sin llevar apenas nada consigo por la urgencia de la marcha.

El Santo Padre ha dicho que “la predicación de Jesús nos presenta las obras de misericordia, para que podamos considerar si vivimos o no como discípulos suyos”². Por tanto, cabe preguntar a Dios, en nuestra oración personal: ¿Por qué, Señor, nos invitas a dar posada al peregrino? ¿Qué nos quieres enseñar?

Dar posada al peregrino es acoger al extraño, es hacer espacio en nuestro mundo seguro y estable a quien necesita ayuda; es ofrecer protección a quienes se ven amenazados, arriesgando con ellos nuestra propia comodidad, compartiendo nuestro bienestar y, por lo tanto, perdiendo un poco esa tranquilidad para nosotros mismos, y hacerlo con alegría externa e interna.

En los últimos meses, contemplamos a diario, con dolor, cómo millares de personas están desgastando y consumiendo sus vidas para lograr una existencia más digna en un país o en un continente distinto del suyo. No es un fenómeno nuevo, pero recientemente las desigualdades sociales y las guerras han llegado a tales niveles, que ni el mar ni otros límites naturales han

¹ Mt, 25,35.

² Francisco, *Bula Misericordiae Vultus*, n. 15.

podido contener por más tiempo ese flujo migratorio. El peregrino ya no es una figura lejana, sino que está cada vez más presente en las calles de nuestras ciudades. El Papa ha señalado que, si miramos con indiferencia el doloroso viaje de estas familias, es que “hemos perdido el sentido de la responsabilidad fraternal”³.

Sociedades que durante siglos se han desarrollado al calor del cristianismo, afrontan ahora este reto gigante. Por eso, me atrevo a decir que sólo habrá capacidad de acoger a los que se ven forzados a emigrar si nos ejercitamos todos a diario en la caridad de Cristo. Esa misericordia – que tantas veces les ha consolado en sus tierras de origen, de mano de misioneros, religiosos, religiosas y tantos hombres y mujeres de buena fe, a los que debemos estar muy agradecidos–, inspirará ahora la creatividad de muchas otras personas.

Será necesario desarrollar iniciativas diversas para distribuir entre todos el bienestar indispensable, los puestos de trabajo, los hogares, la educación, etcétera. Comprendamos bien que no se trata sólo de un problema económico, sino principalmente moral, porque cuando un hermano reclama justicia, el cristiano debe responder también con la caridad.

En el Evangelio se nos muestra cómo el mismo Señor disfrutó de la hospitalidad de muchos de sus amigos, mientras predicaba por Judea y Galilea. Y, a quienes le abrían las puertas de sus casas, Jesús les transformaba la vida: Marta, María y Lázaro gozaron así de la amistad del Redentor; Simón el fariseo aprendió el valor del perdón; Zaqueo abandonó su vida egoísta... Ahora, en estos tiempos, Cristo sigue buscando amigos que lo acojan en los emigrantes o desplazados.

Tú y yo podemos hospedar al Señor en nuestras almas a diario, cuando lo recibimos en la Santa Eucaristía. Hermanas y hermanos míos, amigos y amigas, pensemos: ¿qué hospitalidad

³ Francisco, *Homilía* en Lampedusa (Italia), 8 julio 2013.

damos al Redentor? ¿Preparamos bien el corazón como esos personajes del Evangelio dispondrían sus casas antes de la llegada del Maestro? ¿Con qué detalles de cariño cuidamos al divino Huésped?

Si hablamos de la Eucaristía, no nos estamos alejando del tema de la misericordia, porque sólo un corazón que sabe tratar a Cristo y se esfuerza por amarlo cada día más, será capaz de acoger al hermano que necesita ayuda, trabajo o simplemente una atención especial. Si cuidamos la Comunión, el Señor nos hará más generosos, más sensibles al sufrimiento ajeno, más disponibles para ofrecer nuestros medios materiales, nuestro tiempo o posibilidades a los indigentes de estos cuidados.

San Josemaría también sufrió la prueba de quien debe huir y buscar cobijo. A causa de la persecución religiosa que se produjo en España en 1936, tuvo que refugiarse, durante largos periodos de tiempo, en diversos lugares de Madrid, en buhardillas y habitaciones angostas, en lugares extraños. Si pensaba que las personas que lo habían acogido no iban a denunciarlo, les revelaba su condición de sacerdote, y –sin miedo a poner en peligro su vida– les ofrecía la participación en los sacramentos, como la Confesión o la Eucaristía, verdaderos consuelos en aquellos meses tan difíciles. De ese modo, entre el odio y el miedo propios de un conflicto, Cristo se abría paso una vez más en el corazón de aquellas personas.

Antes de terminar este diálogo con vosotros, pidamos a la Virgen y a san José, peregrinos en Belén y emigrantes en Egipto, que nos enseñen a abrir la puerta de nuestra vida a ese Cristo que está reclamando nuestra generosidad en quienes necesitan ser acogidos.

DAR SEPULTURA A LOS DIFUNTOS

La última obra de misericordia corporal es enterrar a los difuntos. Volvamos de nuevo los ojos a Cristo, que nos habla en los Evangelios. En su Pasión, la crueldad de los hombres niega el más mínimo gesto de misericordia hacia el Señor, a quien vemos cautivo, sediento, enfermo, desnudo y rechazado por su pueblo.

Sin embargo, apenas Cristo muere en la Cruz descubrimos un gesto de misericordia con su Cuerpo, de esa misericordia que Dios ha sembrado en los corazones de los hombres. Unas manos piadosas descuelgan al Señor de la Cruz, lo entregan a su Madre, lo envuelven en un sudario limpio y lo entierran en un sepulcro nuevo.

Muchas veces he pensado en este pasaje y entiendo perfectamente que los brazos dignos para acoger el cuerpo de Cristo eran los de su Madre, con una vida tan limpia y tan generosa con su hijo y con todas las personas. Meditando esta escena, se enciende un rayo de esperanza en nuestros corazones, cuando comprendemos que los hombres, que no supimos acoger al Salvador en su nacimiento y le maltratamos en su paso por la tierra, fuimos capaces de ofrecerle al menos una digna sepultura.

Así narra este episodio san Josemaría: “Nicodemo y José de Arimatea –discípulos ocultos de Cristo– interceden por Él desde los altos cargos que ocupan. En la hora de la soledad, del abandono total y del desprecio..., entonces dan la cara *audacter* (Mc XV, 43)...: ¡valentía heroica!”

El fundador del Opus Dei prosigue su oración con estas palabras: “Yo subiré con ellos al pie de la Cruz, me apretaré al Cuerpo frío, cadáver de Cristo, con el fuego de mi amor..., lo desclavaré con mis desagravios y mortificaciones..., lo envolveré con el lienzo nuevo de mi vida

limpia, y lo enterraré en mi pecho de roca viva, de donde nadie me lo podrá arrancar, ¡y ahí, Señor, descansad! Cuando todo el mundo os abandone y desprecie..., *serviam!*, os serviré, Señor”¹. Como él mismo nos aconsejaba, san Josemaría vivía las escenas del Evangelio, metiéndose muy dentro como un personaje más.

Cristo nació para morir y así salvarnos. Esta escena debe remover nuestros corazones, pues la muerte forma parte de nuestras vidas y nos ayuda a dar sentido al tiempo que transcurrimos en este mundo. En la encíclica *Spes Salvi* leemos que sólo Jesucristo “indica el camino más allá de la muerte; sólo quien es capaz de hacer todo esto es un verdadero maestro de vida (...). El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte”².

Hijos e hijas mías, amigos y amigas: saber morir es tan importante como saber vivir, y en los dos casos podemos ser ayudados. El cristiano ha de afrontar ese momento –en sí mismo o en los demás– con esperanza y serenidad. En ocasiones, puede presentarse la tentación de no hablar sobre la muerte ante una persona enferma o muy débil. A la vez, no dejemos de reconocer que unas palabras de ayuda y consuelo pueden resultar una caricia para el alma. Ofrecer la Unción de los enfermos no ha de ser motivo de angustia o pesar: en esos momentos la gracia de Dios sostiene al alma de quien podría afrontar con lógica inquietud lo desconocido. Dejemos actuar a Dios.

Una y otra vez, los sacerdotes somos testigos de cómo la Misericordia del Señor alivia a los moribundos cuando se les administra ese sacramento. En esas ocasiones, todas y todos recemos con estos pacientes, hablémosles con naturalidad del Cielo, sostengámosles con nuestra fe, y recordémosles que no estarán solos, sino que en la vida eterna les espera el Amor infinito de Dios.

¹ San Josemaría, *Via Crucis*, XIV estación, n. 1.

² Benedicto XVI, *Encíclica Spes Salvi*, n. 6.

Un día de 1932, san Josemaría acompañaba a morir a un hombre en el Hospital General de Madrid. Aquella persona, ante la cercanía de la muerte, recordaba todos los errores de su vida; y sus ofensas a Dios inquietaban su alma. El fundador del Opus Dei relataba así esta escena años más tarde: “Me decía a gritos, sin que pudiera hacerle callar: —Con esta boca mía podrida no puedo besar al Señor. —¡Pero si le vas a dar un abrazo —le dije— y un beso muy fuerte enseguida, en el Cielo!”³. Aquel hombre murió en paz, sostenido también por la fe de este santo sacerdote, que supo estar a su lado en el momento de la prueba final.

Dar sepultura a los muertos es una tarea que está llena de posibilidades para fortalecer la fe de los vivos. Quien experimenta el fallecimiento de un ser cercano, agradecerá que le acompañemos con nuestra oración y serenidad; si hemos de decir unas palabras de pésame, procuremos darles un tono sobrenatural, para que nuestra fe sirva de consuelo a quien lo necesita. Quizá muchas personas carecen actualmente de una amiga o un amigo que les recuerde que Dios es un Padre, que se ocupa también de los que se han marchado.

Asimismo, es muy propio de los cristianos cuidar materialmente los lugares donde reposan los difuntos, limpiando sus tumbas y depositando algunas flores. No se trata sólo de avivar el recuerdo y de rezar por sus almas, sino que estas atenciones hacia los fallecidos demuestran también el respeto que mostramos hacia los cuerpos. Creemos firmemente en la resurrección de la carne, y los lugares donde descansan los restos de quienes conocimos nos hacen presente que volverán a la vida.

Quien ha rezado ante una tumba sabe que el amor no se apaga, sino que sigue vivo. La fe nos da la certeza de que la misericordia de Dios es capaz de traspasar de modo misterioso la

³ San Josemaría, *Via Crucis*, III estación, n. 3.

barrera de la muerte. ¡Qué grande es el poder de la misericordia con la que, gracias a la resurrección de Jesucristo, podemos alargar nuestro cariño más allá de los confines de esta vida!

Pensemos lógicamente en María, la Madre del Crucificado. Sobre sus rodillas descansó Cristo cuando le desclavaron de la Cruz. Ella continuó llenándole de cuidados, aun con el corazón roto. “Ninguno como María –ha dicho Papa Francisco– ha conocido la profundidad del misterio de Dios hecho hombre para salvarnos. Todo en su vida fue plasmado por la presencia de la misericordia hecha carne. La Madre del Crucificado Resucitado entró en el santuario de la misericordia divina porque participó íntimamente en el misterio de su amor”⁴. Como nos invita el Santo Padre, imitemos a la Virgen dolorosa en nuestro servicio diario a los vivos y a los difuntos.

⁴ Francisco, *Bula Misericordiae Vultus*, n. 24.

OBRAS DE MISERICORDIA ESPIRITUALES

ENSEÑAR AL QUE NO SABE Y DAR BUEN CONSEJO AL QUE LO NECESITA

Entre las obras de misericordia espirituales, me detengo hoy en las dos primeras: enseñar al que no sabe y dar buen consejo al que lo necesita. Enseñar es una de las tareas más hermosas que podemos llevar a cabo todas y todos. Pensemos en el trabajo educativo de las madres, porque ¡cuánta paciencia, alegría y generosidad demuestran en su atención a los hijos, para ayudarlos a alcanzar la madurez humana y sobrenatural! El Papa Francisco ha dicho que “la madre, ante todo, enseña a caminar en la vida y sabe cómo orientar a los hijos (...). No lo ha aprendido en los libros, sino que lo ha aprendido en el propio corazón”¹. Quiero añadir, que al mismo tiempo también el padre de familia tiene que aprender cada día, con corazón recto, a ser buen esposo, buen padre, gastándose cotidianamente –como hace su esposa– para atender y encender el buen clima del hogar.

El corazón: ése es el secreto de las obras de misericordia, que mueven la voluntad y nacen de la caridad, de ese amor de Dios que puede llegar a otras personas a través de ti, de mí. En el Evangelio, escuchamos estas palabras que Cristo dirige a quienes acudieron a capturarlo en el huerto de los olivos: “Todos los días me sentaba a enseñar en el Templo”². Su vida pública, en efecto, había consistido sobre todo en enseñarnos el camino de hijos de Dios, en iluminar nuestra inteligencia, en abrirnos la vía para llegar a Dios Padre, con la ayuda del Paráclito.

¹ Francisco, *Audiencia*, 18 septiembre 2013.

² *Mt*, 26, 55.

Y en esa misma línea, maravilla la fuerza de su discurso de la montaña, de las parábolas que describen el reino de los cielos y también los diálogos de Jesús con diferentes personajes: escenas en las que el Maestro transmite a todos –también a los que caminamos ahora– modos diversos de recorrer las sendas de la salvación. Por eso, como señala también el Papa, “para ser capaces de misericordia, debemos en primer lugar colocarnos a la escucha de la Palabra de Dios. Esto significa recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra que se nos dirige”³.

Sólo cumple el oficio de buen maestro, y sólo puede aconsejar rectamente a los demás, quien está permanentemente dispuesto a aprender. Todos debemos abrirnos con docilidad a las enseñanzas del Maestro si de veras deseamos ayudar al prójimo con sinceridad. Por eso, leer el Evangelio con atención y recogimiento –una costumbre que os invito a practicar todos los días, con una lectura tranquila, reposada, meditando lo que Dios nos predica–, nos hará más sensibles para experimentar la misericordia del Padre celestial y captar así las inspiraciones del Espíritu Santo. Y entonces, cuando tengamos que orientar o dar un consejo a una persona, brotará en nosotros la pregunta inmediata: ¿cómo lo haría Cristo? Y actuaremos en consecuencia.

En muchas ocasiones –¡en todas!–, también el buen ejemplo será el mejor modo de ayudar a los demás. San Josemaría recuerda en su libro *Surco* que “comenzó Jesús a hacer y luego a enseñar: tú y yo hemos de dar el testimonio del ejemplo, porque no podemos llevar una doble vida: no podemos enseñar lo que no practicamos. En otras palabras –prosigue el Fundador del Opus Dei–, hemos de enseñar lo que, por lo menos, luchamos por practicar”⁴. En efecto, nuestra lucha, nuestro deseo de conversión, constituirá un acicate para que otros se fijen en nuestro empeño por vivir la fidelidad cristiana. Si queremos ayudarles, tenemos que exigirnos primero personalmente.

³ Francisco, *Bula Misericordiae Vultus*, n. 13.

⁴ San Josemaría, *Surco*, n. 694.

Por otro lado, dar un consejo oportuno para servir supone un acto de generosidad, porque requiere salir del propio yo y ponerse en la situación del prójimo, tratando de comprenderle a fondo –sin olvidar sus personales circunstancias–, con el fin de acertar con lo que sugerimos. Se tratará siempre de un consejo de amistad y, con frecuencia, con intención sobrenatural ya que así se podrá ayudar al otro a ver las cosas con un horizonte más amplio, que es el de Dios.

Estas obras de misericordia nos deben impulsar a mostrar generosamente a otros el camino que conduce a Cristo. San Josemaría apuntaba que “el apostolado es como la respiración del cristiano: no puede vivir un hijo de Dios, sin ese latir espiritual (...). El celo por las almas es un mandato amoroso del Señor, que (...) nos envía como testigos suyos por el orbe entero”⁵.

Muchas personas, quizá sin saberlo, esperan que se les dé a conocer a Cristo. ¡Realmente sin Él no cabe la verdadera felicidad! Ojalá las gracias de este Año de la misericordia nos ayuden a superar los obstáculos que a veces nos detienen para hacer apostolado: son los respetos humanos, la pereza, o sencillamente el pensamiento de que se trata de una tarea imposible. Invitemos, sin embargo, a quienes tratamos en nuestra vida ordinaria a mirar el rostro del Señor, mostremos –insisto– sus enseñanzas con nuestra vida, expliquemos la doctrina de la Iglesia cuando resulte necesario y, desde luego, comportémonos siempre de modo coherente con nuestra fe. De este modo, haremos atractivo un estilo de vida acorde con el Evangelio.

Como señalaba san Josemaría, “hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: éste es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama”⁶.

⁵ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 122.

⁶ *Ibid.*

Así actuó siempre el fundador del Opus Dei. Su vida consistió principalmente en transmitir a quienes encontraba el espíritu que había recibido de Dios. He sido testigo de su celo por dejarnos claro, hasta en los más pequeños detalles, cómo seguir a Cristo santificando la vida ordinaria. Lo hacía con corazón materno y paterno: sirviéndose de detalles corrientes, arrastrándonos con su ejemplo, recordándonos cada cosa con paciencia e incluso con energía, cuantas veces fuera necesario.

Os sugiero que, en este Año de la Misericordia, leáis alguna de las biografías que relatan diversos episodios de la vida de san Josemaría, aunque ya las hayáis leído previamente. Sus enseñanzas surgen directamente del Evangelio, y encierran, como dice el Señor, *cosas viejas y cosas nuevas*, por lo que nos ofrecen siempre la capacidad de dar también un impulso a nuestra propia vida espiritual. Al leer esas biografías o sus escritos, el Señor nos ayudará a descubrir, para nuestra conducta personal, aspectos estupendos, atractivos, del espíritu cristiano que podremos transmitir a los demás.

San Josemaría definía el Opus Dei como “la historia de las misericordias de Dios”⁷, ya que siempre experimentó en ese poner en marcha la voluntad divina la incomparable cercanía del Señor. Esa historia, gracias a Dios, no se ha detenido, sino que continúa hoy en el quehacer de muchos hombres y mujeres que se esfuerzan por asimilar ese modo de vivir y de seguir a Cristo, sintiéndose los últimos, los servidores.

Realmente, ¿no supone una gran manifestación de la misericordia divina la posibilidad de encontrar a Dios en las ocupaciones de cada día? ¿No manifiesta una caricia del Señor que podamos colaborar con Él en la grandiosa aventura de llevar los frutos de la Redención a todas las encrucijadas del mundo con nuestra vida corriente?

⁷ San Josemaría, *Notas de una meditación*, 11–IV–1952, AGP, serie A.4.

CORREGIR AL QUE SE EQUIVOCA

La historia de la salvación nos muestra un continuo alternarse del amor misericordioso de Dios y de la debilidad de los hombres. Como una madre sigue por la casa a su hijo más pequeño, evitándole peligros o daños, así ha guiado Dios a la humanidad a lo largo de los siglos. Cada uno de nosotros ha podido experimentar en su propia vida esa guía, esa mano cercana de la Providencia divina. Y por eso, ¡cuántas caídas o equivocaciones en nuestro caminar se han convertido en ocasiones de encuentro con el Señor!

Corregir al que se equivoca nos anuncia una obra de misericordia que el Señor ejerció constantemente, como leemos en los relatos bíblicos, cada vez que los hombres se empeñaban – y podemos decir, nos empeñamos– en emprender el camino del mal. La historia del Pueblo elegido es una clara manifestación de este cuidado divino. En muchas situaciones, Yahweh podría haberlos soltado de su mano, pero siempre –también a veces con castigos y con advertencias de los profetas–, volvía a atraerlos hacia Sí, reencaminándolos por las vías de la salvación.

Con la Encarnación del Verbo, la misericordia de Dios ha tomado un rostro humano: el de Jesús. Dios se ha hermanado con nosotros para buscarnos uno a uno: en nuestras circunstancias, con nuestras características, con los muchos o pocos talentos que poseamos. En el Evangelio, vemos que Jesucristo no se abstiene de reprender, de corregir, a quienes desea llevar por la senda recta; no sólo a los fariseos que rechazaban su mensaje, sino también a sus amigos: a Pedro, incluso con dureza, cuando el Apóstol le insinúa que debe evitar la Pasión; o a Marta, en Betania, con dulzura, por preocuparse en exceso de las tareas de la casa. El Señor sabía utilizar el tono y el lenguaje que más convenía a cada persona.

Siguiendo el ejemplo del Señor, recordemos que la corrección fraterna practicada con rectitud, sin humillar, ha sido una ayuda en la Iglesia desde los comienzos. “Hermanos –escribió san Pablo a los Gálatas–, si acaso alguien es hallado en alguna falta, vosotros, que sois espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, cuidando de ti mismo, no vaya a ser que tú también seas tentado”¹. No señala el Apóstol otra cosa distinta sino el mandato de Jesús: “Si tu hermano peca contra ti, vete y corrígele a solas tú con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano”².

Por tanto, la corrección fraterna apunta un deber de todos los cristianos. Cuando alguien nos hace una advertencia para nuestro bien, hemos de ver ahí una manifestación de la misericordia divina, que se sirve de instrumentos humanos con el fin de guiarnos por el camino del bien. En un primer momento, quizá nos resulte amarga, poco agradable. El orgullo puede impulsarnos a rebelarnos, a buscar excusas que siempre son fáciles de hallar. Sin embargo, si se considera en la presencia de Dios esa advertencia, surgirá el agradecimiento sincero porque alguno se ha tomado la molestia de advertirnos un error que no habíamos percibido.

No subestimemos aquí el poder de la misericordia, ya que una corrección fraterna aceptada con humildad puede consolidar una relación, reforzar una amistad, evitar futuras complicaciones o ser el punto de inicio de una nueva etapa en la vida.

Hace años, el Papa Benedicto XVI –a quien debemos estar muy agradecidos– se refirió ampliamente a esta manifestación de la caridad. “Hoy somos generalmente muy sensibles –decía– al aspecto del cuidado y de la caridad en relación al bien físico y material de los demás, pero callamos casi por completo respecto a la responsabilidad espiritual para con los hermanos”. Y añadía: “Frente al mal no hay que callar. Pienso aquí en la actitud de aquellos cristianos –

¹ *Gal*, 6,1.

² *Mt*, 18,15

confirmaba el Papa— que, por respeto humano o por simple comodidad, se adecúan a la mentalidad común, en lugar de poner en guardia a sus hermanos acerca de los modos de pensar y de actuar que contradicen la verdad y no siguen el camino del bien”³.

Por esto, os digo a todos, y me digo a mí, que al ayudar con la corrección fraterna hay que guiarse por la caridad y la prudencia, buscando el momento oportuno y el modo más adecuado de hablar, para no herir innecesariamente a esa hermana o a ese hermano nuestro. El mismo san Pablo animaba a los Gálatas a corregirse con dulzura⁴. Entonces, para hacer bien una corrección fraterna lo mejor será pensar sobre ese modo de ayudar en la presencia de Dios, rogando al Espíritu Santo que ponga en nuestra boca las palabras oportunas, con plena rectitud de intención.

Puede surgir la tentación de pensar que esa advertencia caerá en saco roto, o que la persona no luchará para cambiar, o que sus problemas no nos afectan... Y no es así. Quienes estamos en la Iglesia formamos un cuerpo unido, y los errores de los demás, sin escandalizarnos y sin juicio crítico, han de despertar en nosotros sentimientos de misericordia y necesidad de ayudar con caridad.

Cuando se corrige, es necesario también contar con el tiempo: la gracia interviene de modo efectivo, pero las personas necesitan —necesitamos— tiempo para lograr el cambio oportuno. Recordemos que el apóstol Pedro no aceptó que Cristo fuera a la muerte, ni siquiera tras habérselo anunciado el Maestro, y lo hizo expresamente y con energía. Fue preciso que le contemplara en cadenas para meter en su alma que aquel sacrificio era la Voluntad de Dios.

Quizá también a nosotros nos ocurra que, tras haber corregido a alguien, su actitud no mude y persista en el error. En esos casos, recemos por esa persona, ya que la oración es el primer

³ Benedicto XVI, *Mensaje para la Cuaresma 2012*.

⁴ Cf. *Gal*, 6,1.

modo de ayudar. Una vez plantada la semilla de la misericordia, hay que regarla con oración, con paciencia y cariño humano, y así esa semilla germinará y dará fruto.

Consideremos además que con la práctica de la corrección fraterna se combaten eficazmente las habladurías y los comentarios irónicos, que tanto daño causan en las relaciones familiares y sociales. Este puede ser un buen propósito para el Jubileo de la Misericordia: evitar hasta la más pequeña crítica a nuestros parientes o amigos, a los superiores y a quienes dependen de nosotros, a conocidos y desconocidos. Puede parecerse tarea no fácil, pues a lo largo de la jornada quizá se presentan numerosos roces y malentendidos; pero, si nos empeñamos, con la ayuda y la fortaleza de Dios, seremos sembradores de una serenidad que aporta quien huye de la confrontación y propone soluciones positivas.

Ayudémonos pues mutuamente con el bálsamo de la misericordia. Nadie logrará la felicidad si la busca solo. No seamos ajenos a las luchas de los demás y pidamos al Señor la sencillez de corazón para aceptar las correcciones con humildad y agradecimiento, cuando nos las hagan; y para ayudar corrigiendo con afecto y comprensión a quienes tengamos que prestar esa ayuda.

PERDONAR AL QUE NOS OFENDE

Una de las obras de misericordia que más necesita el mundo –ahora y siempre– consiste en perdonar al que nos ofende. “¡Qué difícil nos puede parecer muchas veces perdonar! –ha señalado el Santo Padre–. Y, sin embargo, el perdón es el instrumento puesto en nuestras frágiles manos para alcanzar la serenidad del corazón. Dejar caer el rencor, la rabia, la violencia y la venganza son condiciones necesarias para vivir felices”¹.

Este *vivir felices* se alza ante nosotros como un deseo de todos los seres humanos. Pero nadie puede alcanzar la felicidad por cuenta propia, a espaldas de Dios y de los demás. Con alguna frecuencia, quizá crece la sensación de que quienes nos rodean resultan más bien un obstáculo: porque nos ofenden; porque nos maltratan; porque nos causan dolor físico o moral... males que experimentó el mismo Jesucristo, crucificado por aquellos a quienes vino a traer la salvación.

El Señor, rostro visible de la misericordia del Padre, perdonó sin dar cabida al resentimiento: “Padre, perdónales porque no saben lo que hacen”², rezó mientras pendía del leño de la Cruz. De ese modo, rompió decididamente el círculo vicioso del odio que sólo genera más odio, del círculo de la venganza, del rencor; e hizo que de esa Cruz manara una fuente de misericordia, capaz de cambiar la historia de cada mujer y de cada hombre.

La Cruz del Señor nos ayuda a comprender que todos necesitamos del perdón: de perdonar y de ser perdonados. Quien no asimila esta realidad, se vuelve incapaz de sondear la buena profundidad del amor que le une a otra persona o a Dios.

¹ Francisco, *Bula Misericordiae Vultus*, n. 9.

² *Lc*, 23,34.

Repasemos la parábola del hijo pródigo. El joven, cegado por la inexperiencia y el orgullo, se alejó de la casa paterna y dilapidó todo lo que había recibido. Si regresó a casa, se debió a que habría palpado muy de cerca en otros momentos la misericordia paterna, su comprensión, y sabía de sobra que no sería rechazado. Al reencontrar a su padre, éste le entregó, con un abrazo, su don más grande: el perdón. Y procedió así sin humillarle, sin recordarle ni siquiera por un instante sus anteriores advertencias y consejos. Sólo entonces, el joven alcanzó a comprender el verdadero tesoro del amor paterno que había ignorado y dejado atrás, y que, afortunadamente, al volver contrito, había recuperado.

También cada uno de nosotros necesita acudir con frecuencia al sacramento del perdón, para entender de alguna manera la hondura del amor divino. “Dios no se cansa de perdonar – recuerda el Papa–, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón”³. En efecto, por desgracia alimentamos incluso la determinación de acostumbrarnos a la frialdad del pecado. Por eso, si ya nos beneficiamos de este sacramento, hagámoslo con las mejores disposiciones a nuestro alcance, yendo con mayor frecuencia o preparándonos mejor. Para lograrlo, arrojémonos en los brazos misericordiosos de Dios, eliminemos radicalmente los prejuicios y las excusas que nos impiden percibir en el alma esa caricia de la comprensión del Señor. ¿Acaso no recordamos la felicidad experimentada la última vez que nos reconciamos con una persona? ¿No resulta la petición de perdón un gesto humano capaz de “poner rostro” a ese Dios, que tantas veces apartamos de nuestra vida y cuya bondad hemos olvidado?

Muchos cristianos desconocen la belleza de la Confesión. Convenzámonos: este sacramento no ha pasado ni pasará de moda nunca. Posee y poseerá una potencia siempre actual. Más aún, es un sacramento que abre nuestra vida al futuro, porque nos devuelve la esperanza.

³ Francisco, *Ángelus*, 17 marzo 2013.

Recemos, por tanto, para que el Año Jubilar de la Misericordia permita a tantos cristianos recuperar la senda de vuelta a la casa paterna.

Quizá a alguno se le antoje que, para confesarse, se requiere una preparación previa muy compleja, y no es así: basta desear la gracia, hacer un buen examen de conciencia –quizá con la ayuda de un guión o con la colaboración de una persona competente– y luego, confiadamente, acudir al sacerdote. No pasemos por alto que fueron los sufrimientos interiores y exteriores, el conocimiento de la propia miseria y el recuerdo del amor paterno, lo que movió interiormente al hijo pródigo para ponerse en marcha. En una situación similar se encuentran muchas personas a nuestro alrededor: sólo necesitan de alguien que les acompañe en ese viaje de regreso a la casa del Padre.

Por otro lado, así como Dios absuelve, también nosotros debemos saber perdonar cuantas veces sea necesario en la vida cotidiana. Puede ocurrir que, quizá a causa de malentendidos, diferencias de caracteres, divergencias políticas o culturales, o cuestiones de otro tipo, algunos hombres y mujeres arrastren durante años el recuerdo de las ofensas causadas por amigos o por terceros. Desgraciadamente, con una disposición de ese género en el alma, los conflictos pueden prolongarse en el tiempo, sin que ninguno dé su brazo a torcer.

Inmersos de lleno, como estamos, en el Año de la Misericordia, ¿no descubrimos este tiempo como ocasión magnífica para ofrecer nuestra reconciliación, aunque hayamos sido nosotros los ofendidos? El Señor da siempre el primer paso para perdonarnos, aunque no merezcamos su gracia; ¿no nos decidimos a seguir el ejemplo del Maestro? “Esfuézate, si es preciso –escribió san Josemaría–, en perdonar siempre a quienes te ofendan, desde el primer

instante, ya que, por grande que sea el perjuicio o la ofensa que te hagan, más te ha perdonado Dios a ti”⁴.

Deseemos vivamente que la decisión de perdonar y pedir perdón se convierta en una actitud habitual en nosotros, en cada familia, entre los amigos. Pensemos que, sin la disposición de perdonar, todos los escenarios en los que nos movemos –también la propia familia– se convierten en ambientes desoladores, egoístas, tristes, que emponzoñan las almas o las entristecen. Bien precisa es la lección de Jesucristo: amar sin descanso, también al que nos hiere.

Por tanto, si los demás corresponden a nuestro perdón, demos gracias a Dios; pero si no obtenemos esa respuesta que deseáramos, no nos desanimemos, porque la misericordia es gratuita, no espera nada a cambio. Jesucristo murió rezando por los que le crucificaban y le ofendían. Su muerte redentora fue causa de que el velo del odio cayera de los ojos de las almas. Y sólo entonces, al contemplar cómo expiró Jesucristo, el centurión que estaba junto a la Cruz pronunció este hermoso acto de fe: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios”⁵.

Si los cristianos perdonamos prontamente las ofensas recibidas, con alegría y sencillez de corazón, muchos se sentirán atraídos por el amor de los hijos de Dios, y llegarán a encontrar al Padre bueno que a todos desea abrazar con su misericordia.

⁴ San Josemaría, *Camino*, n. 452.

⁵ *Mc*, 15, 39.

CONSOLAR AL TRISTE

El día siguiente al sábado, María Magdalena acudió llena de dolor y de amor a la tumba del Maestro, para ungir al Crucificado. Es un acontecimiento que leemos en los Evangelios con verdadera alegría, porque conocemos que allí, junto al sepulcro, encontrará al mismo Jesucristo resucitado, con Cuerpo glorioso. El Señor, en ese encuentro, queriendo revelarse, llamó a la Magdalena por su nombre: ¡María! Ella le reconoció enseguida y exclamó: ¡*Rabboni!*, ¡Maestro! María no puede ni quiere contener ese grito de alegría al tener la certeza de que el Señor está vivo. En ese instante, las tinieblas del alma de esa mujer desaparecieron; la tristeza abrió paso a una alegría incontenible. El Señor se deja reconocer por una mujer de fe.

He querido recordar este episodio para que descubramos que, en la primera acción que cumple Cristo Resucitado, lleva a cabo la obra de misericordia que nos ocupa hoy: consolar al triste.

Efectivamente, los hijos de Dios estamos hechos para gozar del Bien. Pero podemos tropezar en nuestro caminar con el dolor, porque escogemos triste y libremente el pecado o porque la Providencia de Dios permite el sufrimiento para que nos unamos a su Cruz, como pide en el Evangelio. Forma parte del misterio del hombre este coexistir cotidiano con el mal, una realidad que no debería desanimarnos, sino conducirnos a aumentar la esperanza en el Señor y el deseo de recurrir a Él, confiados en que el dolor y el sufrimiento no escapan a sus designios llenos de amor, como tampoco cae fuera de su providencia la invitación a arrepentirnos y recomenzar cuando hemos errado.

Puede ocurrir quizá que quien experimenta el mal tienda a aislarse, creyendo ser capaz de sobrellevar sin ayuda de nadie esa carga. Con esta añagaza, el diablo nos va separando de Dios y

de nuestros hermanos –haciéndonos ver a nuestro alrededor sólo incomprensión y enemistad–, ofreciéndonos a cambio unos consuelos falsos que, al final, dejan únicamente posos de amargura. Sola estaba Eva en el Paraíso cuando se atrevió a dialogar con el Tentador, así como solo estaba Judas cuando se desesperó en la noche de la Pasión. Con clara razón concluye san Pablo en su carta a los Corintios que “la tristeza del mundo produce la muerte”¹.

Las contradicciones forman parte de la vida, pero ¡qué mal haríamos si las afrontáramos exclusivamente por nuestra cuenta! Ante esa lucha, puede surgir la tristeza, y la tristeza arrastra consigo hacia el pesimismo, alejándonos así de Dios y de nuestros hermanos. “El abismo llama al abismo”², dice la Sagrada Escritura. En esos momentos, necesitamos de unas manos que nos impidan seguir cayendo.

A quien atravesaba esa mala racha, san Josemaría aconsejaba que buscara en primer lugar consuelo en la oración y en el Sagrario, pues de Dios procede toda la misericordia. “Para poner remedio a tu tristeza –escribió en *Camino*– me pides un consejo. Voy a darte una receta que viene de buena mano: del Apóstol Santiago. *Tristatur aliquis vestrum?* – Estás triste, hijo mío? – *Oret!* – ¡Haz oración! – Prueba a ver”³.

El fundador del Opus Dei acudía al cielo cuando le costaba aceptar una situación dura, por ejemplo la muerte de una persona cercana, de un pariente o de un amigo. Aunque sufría el lógico dolor de padre –de hijo, de hermano, de amigo–, no se abandonaba a la tristeza, sino que rezaba así: “Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios sobre todas las cosas. – Amén. – Amén”⁴. Y repetía dos veces la palabra *amén*, para remachar con fuerza su adhesión a la Voluntad Divina, aunque le costase o no comprendiese

¹ 2 Cor 7,10.

² Sal 42:8

³ San Josemaría, *Camino*, n. 663.

⁴ San Josemaría, *Camino*, n. 691.

el porqué. Recuerdo muy vivamente cómo san Josemaría encontraba un gran consuelo en esa oración para seguir caminando.

Al mismo tiempo, en tantas ocasiones, la ayuda de Dios nos llegará a través de otras personas: amigos, compañeros, parientes o incluso desconocidos. Nos consolarán o les prestaremos consuelo, abriendo así una vía para que Dios, con su misericordia, suavice las dificultades y pesares que todos afrontamos en nuestro caminar terreno.

Consolar no es tarea fácil, sino que requiere mucho tacto, porque el alma de quien sufre se encuentra, por así decirlo, en carne viva, con una fuerte desazón. Una palabra de más o de menos puede curar o puede herir. Entonces, nuestra presencia resultará suficiente; en otros momentos, será preciso decir algo que transmita esperanza y que ayude a considerar una situación desde otra perspectiva.

Os aconsejo que, para consolar con acierto, reclaméis ayuda a los ángeles custodios. Dios Padre envió a un ángel para consolar a Jesucristo en el huerto de los olivos, durante el momento de intensísimo sufrimiento en la vida de Nuestro Salvador. Con esta escena, que tantas veces puede alimentar nuestra oración, se hace patente que consolar es, hijas e hijos míos, hermanas y hermanos míos, una acción divina. Ese consuelo en la agonía de Cristo hace patente el Amor de Dios, la asistencia del Espíritu Santo, el gran Consolador.

Recordaréis que san Josemaría –siguiendo la tradición de la Iglesia– afirmaba que nosotros, los hombres y las mujeres, cuando estamos en gracia de Dios, somos Templos de la Trinidad. En consecuencia, al ejercer o aceptar un acto de misericordia, estamos manifestando al mundo ese flujo de amor que parte del Padre, acoge el Hijo y revela al Espíritu Santo: algo tan importante que, por la bondad del Señor, puede llevarse a cabo en gestos tan ordinarios como una

caricia, unas palabras de consuelo, un tiempo de escucha paciente, un estar callados o acompañando en oración junto a una persona que sufre.

En esa misma escena del huerto de Getsemaní, se nos revela una de las dificultades que presenta esta obra de misericordia: la de no ser capaces de descubrir el sufrimiento de nuestro prójimo. En efecto, a un tiro de piedra de Nuestro Señor, los Apóstoles dormían ajenos al dolor que invadía a su Maestro. Veámonos reflejados en su torpor. Dormimos cuando estamos ensimismados en nuestros problemas, cuando las prisas nos impiden detenernos a escuchar, cuando no damos importancia a las señales de tristeza que muestra un familiar o un amigo, cuando queremos ofrecer un consejo sin haber escuchado antes, cuando hundimos a quien se ha equivocado, poniendo límite a nuestra paciencia...

Termino con una hermosa oración de alabanza que san Pablo transmitió a sus hermanos de Corinto y que resume el núcleo de la obra de misericordia que hemos comentado hoy. Dice así: “Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y de todo consuelo, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios”⁵. Amén.

⁵ 2 Cor 1,3.

SUFRIR CON PACIENCIA LOS DEFECTOS DEL PRÓJIMO

A lo largo de este año, estamos procurando que la misericordia de Dios deje huella en nuestra vida interior y se traduzca en obras. Como decía san Josemaría, es en las situaciones ordinarias donde se fragua el ambiente más adecuado para hacer presente esa bondad de Dios: o le encontramos allí o no le encontraremos nunca.

Así, la convivencia con los demás y el lugar laboral o familiar se transforman en ocasiones para identificarnos con Él y, con esa palanca del amor, elevar el mundo a Dios. En este sentido, será muy oportuno que examinemos cómo vivimos la obra de misericordia que nos disponemos a considerar este mes: sufrir y amar con paciencia los defectos del prójimo.

Amor y sufrimiento resultan dos realidades difícilmente separables. ¿Quién no ha sufrido por amor a un cónyuge, a un hijo o a un amigo? A veces, esta singular combinación puede resultar un misterio, pero Jesús desde la Cruz nos demuestra que ese fue el camino recorrido por el mismo Dios. Conscientes de que el Señor sabe más, cuando nos enfrentemos a este misterio en medio de lo cotidiano, miremos la Cruz, que será fuente de paz.

El fundador del Opus Dei aconsejaba siempre que llevásemos un crucifijo en el bolsillo o que lo pusiéramos encima de nuestra mesa de trabajo, junto a la fotografía de las personas queridas. De esa manera –besándolo o dirigiendo unas palabras al Crucificado–, resultará más fácil aceptar las contrariedades del día, hacer frente a nuestras derrotas sin desanimarnos o superar los inevitables desencuentros con los demás. San Josemaría añadía que no hay que soportar al prójimo, sino amarlo para recorrer con él su camino cotidiano.

Perder el miedo a la Cruz, amarla, abrazarla sin temor cuando llega en las situaciones ordinarias o de manera extraordinaria, nos agrandará el corazón y así acogeremos a los demás

cuando más lo necesiten. Nos prepararemos de este modo para presentarnos ante ese Dios que nos comprende y nos aguarda en el Cielo, dispuesto a versar a manos llenas su amor infinito sobre nuestra pobre alma.

San Pablo describía con estas palabras las características de un amor purificado: “La caridad es paciente, la caridad es amable; no es envidiosa, no obra con soberbia, no se jacta, no es ambiciosa, no busca lo suyo, no se irrita, no toma en cuenta el mal...”¹.

Amigos y amigas, si deseamos en serio el bien de los demás, comprenderemos que ante el hermano débil no hay espacio para las prisas, las críticas o la impaciencia. Aunque quizá pretendamos moldear al prójimo a nuestro gusto, y con facilidad nos puede irritar su persistencia en los mismos defectos, ¿no es verdad que Dios ha tenido y tiene más paciencia con nosotros?

Durante la transfiguración, mientras el Señor se gozaba con el Padre y el Espíritu Santo, los nueve discípulos que lo aguardaban al pie de la montaña intentaban en vano curar a un muchacho lunático. Su falta de fe les volvía incapaces de aliviar al chico, quien se arrojaba al agua y al fuego para causarse daño. Jesucristo, informado del fracaso de sus discípulos, reaccionó con una cierta nota de desencanto, en la que quizá reconozcamos nuestra propia desilusión o distanciamiento ante los defectos de los demás. “¿Hasta cuándo estaré con vosotros? –exclamó el Redentor–. ¿Hasta cuándo habré de sobrellevaros?”².

Sin embargo, como Jesús había venido a la Tierra para redimir a los hombres, con gran paciencia hacia todos, curó al muchacho y explicó a sus discípulos el origen de su fracaso: “Si tuvierais fe –les dijo– (...) nada os sería imposible”³. El amor profundo del Señor por los hombres –por ti, por mí– es la fuerza que le mueve a rescatarnos, a ofrecernos su perdón una y otra vez, a

¹ 1 Co 13,4–6.

² Mt, 17,17.

³ Mt, 17,20.

considerar en nosotros la dignidad de hijos de Dios –que Él nos ha ganado– y que está oculta bajo la capa de nuestras miserias.

Siguiendo los pasos de Cristo, no nos apartemos ante los defectos del prójimo y, sin victimismos, comprendamos que no se trata de *soportarle*, sino de acogerlo con humildad. Miremos a los demás con los ojos benignos con los que Dios les mira y nos mira, no con los nuestros. Si con facilidad nos surge la crítica interna o nos creemos incapaces de sobrellevar por más tiempo el carácter de esta o de aquella persona, cuidemos mejor nuestro examen de conciencia personal. Quien no se conoce bien, quien no busca la humildad, tiende a ser intransigente con los demás. Sobre esto, san Agustín escribió que “es mejor un pecador humilde que un santurrón soberbio”⁴.

Recuerdo que san Josemaría solía recogerse frente al Sagrario unos minutos, también al final del día, antes de retirarse a dormir, para concretar el balance de su jornada. Esos instantes ante el Señor le ayudaban a recordar las ocasiones en que podía haberse dado más a los otros, y pedía perdón a Dios y ayuda para afrontar mejor el día siguiente. Sólo quien conoce su propia debilidad, y se ha reído un poco de su poqueza, descubre cuánto necesita de Dios y de la comprensión de los hermanos.

Únicamente un alma paciente y humilde, consciente de sus defectos, está en condiciones de abrirse a quien necesita puntualmente una mano a la que agarrarse, un consejo certero o una sonrisa que expresa una sincera comprensión. Poco se logra, en cambio, con el enfrentamiento o con frases cargadas de cinismo o despecho.

San Josemaría hacía este comentario a los matrimonios: “Que procuréis ser siempre jóvenes, que os guardéis enteramente el uno para el otro, que lleguéis a querer tanto que améis

⁴ San Agustín, *Sermón* 170, 7, 7.

los defectos del consorte, si no son ofensa a Dios”⁵. Amar los defectos del consorte, o de una amiga o un amigo, resulta posible cuando el amor es maduro. Y esa actitud no implica que aceptemos estoicamente los defectos de los otros. Deseamos el bien de los demás, y por tanto trataremos de ayudarle a desterrar esas faltas, como pueden ser el carácter colérico o apático, el desorden, la sensualidad, la pereza o el activismo, la impuntualidad, el derroche, etcétera.

Esas imperfecciones son cruces que cada uno de nosotros carga durante muchos años, quizá de forma permanente. No añadamos más peso a la cruz que cada uno soporta: la paciencia hacia el prójimo será para muchos ese Cirineo que alivia la lucha diaria y que nos ayuda a identificarnos con Cristo que camina hacia el Calvario, cargando la Cruz por nosotros.

Pidamos a la Virgen que nos enseñe a ser pacientes. Ella supo acoger a los apóstoles que habían abandonado a su Hijo y acompañó maternalmente a la Iglesia en sus primeros pasos. Estemos seguros de que María camina con nosotros, ayudándonos a llenar de comprensión misericordiosa las relaciones entre los hombres.

⁵ San Josemaría, *Apuntes tomados en una tertulia*, 18 noviembre 1972, publicados en *Romana*, diciembre 2004, n. 39, p. 180.

REZAR POR LOS VIVOS Y POR LOS DIFUNTOS

“Sin mí no podéis hacer nada”¹. Estas palabras que Jesús dirige a sus discípulos –a ti, a mí–, nos revelan que, sin nuestro Padre Dios, sin su ayuda, nuestros esfuerzos por vivir la misericordia resultarán vanos; a la vez, nos confía que, por su interés por los hombres y por las mujeres, desea acompañarnos siempre, si obramos rectamente. Por eso, llegados al final de este año jubilar, nos ponemos nuevamente en sus manos y le volvemos a confiar los propósitos que convertirán nuestra vida ordinaria en un tiempo de misericordia.

La última obra que se nos propone es rezar por los vivos y por los difuntos. Con la oración por el prójimo, en primer lugar reconocemos con humildad que todo bien procede únicamente de Dios, y por eso a Él nos dirigimos; además, obtenemos para las almas la protección divina; y, finalmente, reforzamos los lazos sobrenaturales que nos unen a los otros, también con los que gozan ya de la presencia de Dios.

Esa necesidad de sostenernos mutuamente con la plegaria –tanto por los vivos como por quienes ya han dejado este mundo, pero continúan formando parte de la familia cristiana– tiene todo el sabor de la Iglesia primitiva. “Rezad los unos por los otros, para que os curéis: mucho puede la oración insistente del justo”², dice Santiago apóstol. “Damos gracias a Dios por todos vosotros y os tenemos presentes en nuestras oraciones”³, apostilla Pablo a los Tesalonicenses. “Si alguno ve que su hermano comete un pecado que no es de muerte, rece y Dios le dará la vida”⁴, advierte san Juan. Después de oír esto, preguntémonos, amigos y amigas, si sostenemos así a nuestros colegas de trabajo, a nuestra familia, a los vecinos del barrio, a las personas de la

¹ *Jn* 15,5.

² *St* 5,16.

³ *1 Ts*, 1–2.

⁴ *1 Jn* 5,16.

parroquia a la que pertenezcamos. Si alguien atraviesa una dificultad, ¿le asistimos con nuestras oraciones, aunque el interesado no llegue a saberlo?

Ayudarse con la oración supone una obra de misericordia que, por querer de Dios, empapa la historia de la Iglesia, desde sus orígenes hasta nuestros días. Actualmente, el Papa nos pide que recemos con intensidad por los cristianos perseguidos, esos hermanos nuestros decididos a perderlo todo con tal de conservar la fe. De igual manera, nos ha invitado a orar por los inmigrantes que arriesgan sus vidas buscando un futuro en otros países, o por quienes carecen de empleo, también por los ancianos que viven solos, y por otras muchas personas necesitadas del calor de la comunión de los santos.

La oración por el prójimo nos impulsará a evitar el individualismo egoísta que conduce a tantos a encerrarse en una vida cómoda y aparentemente segura, atenta exclusivamente a sus necesidades personales, pero insensible al dolor ajeno. San Josemaría señalaba que “hay que reconocer a Cristo, que nos sale al encuentro, en nuestros hermanos los hombres. Ninguna vida humana es una vida aislada, sino que se entrelaza con otras vidas. Ninguna persona es un verso suelto, sino que formamos todos parte de un mismo poema divino”⁵. Por tanto, en una sociedad en la que parecen deshacerse poco a poco los lazos que la mantenían cohesionada –y no es pesimista esta afirmación–, la oración cotidiana será un motivo poderoso de unidad y fortalecimiento.

Los dramas humanos que he mencionado se unen a las dificultades o a las oportunidades con las que cada criatura tropieza en su existencia personal o en su existencia familiar. Por eso, ¡qué evangélico resulta cargar con generosidad sobre nuestra alma los buenos afanes y los pesares de los demás! Y ya que nos proponemos ser cristianamente solidarios, convenzámonos de que

⁵ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 111.

cuando un bautizado reza, está ya actuando. Cuando suplicamos la intercesión de Dios, Él nos oye e interviene. No permanece indiferente. Creamos seriamente que podemos cambiar la historia del prójimo, de una familia o de una comunidad con la fuerza de nuestra propia oración. En ocasiones, quizá no veremos los resultados, o el desarrollo de una historia no será el que nosotros habíamos imaginado, pues somos bien conscientes de que el Señor marca otros caminos, siempre misericordiosos, siempre sorprendentes. Pero, ¡soñemos!; oremos por aquellos que no nos ofrecen más esperanza; pidamos lo que esté fuera de nuestro alcance; no pongamos límite a la misericordia de Dios.

En la reflexión sobre la obra de misericordia de enterrar a los muertos, consideramos con seguridad que la misericordia es capaz de atravesar la barrera de la muerte, y beneficiar incluso a quienes aguardan el premio eterno. Las oraciones por los difuntos poseen esa capacidad de trasladar nuestro amor a quienes ya han entregado su alma a Dios. San Josemaría nos hacía notar cómo la muerte del hijo de la viuda de Naín conmovió profundamente a Jesucristo, que reaccionó recuperándole a la vida. Lo explicaba con estas palabras: “San Lucas dice: *miseriórdia motus super eam*. [Jesucristo] se movió por compasión, por misericordia hacia aquella mujer”⁶. Aprendamos de esa escena: ¿acaso no puede nuestra oración conmover de nuevo al Señor para que, por su misericordia, otorgue la verdadera Vida a quienes nos han precedido?

* * *

El año jubilar que ahora concluye no debe constituir únicamente un evento más del calendario, sino que ha de impulsarnos hacia el futuro y renovar en nosotros deseos firmes de santidad. Me pregunto y te pregunto, con confianza, con amistad: ¿ha marcado este tiempo una

⁶ San Josemaría, *Notas de una reunión familiar*, 25 septiembre 1971.

huella en tu alma? ¿Has descubierto a Dios como Padre Misericordioso? ¿Conoces ahora con más profundidad las entrañas del Señor, su interés por cada uno, por cada una?

Recordemos que, como ha dicho el Santo Padre, “no es suficiente haber experimentado la misericordia de Dios en nuestra vida”, sino que con los demás “debemos ser su signo e instrumento a través de pequeños gestos concretos”⁷. Por eso, las catorce obras sobre las que hemos meditado juntos durante estos meses nos invitan permanentemente a plantar la semilla de la “primera evangelización” en tantos corazones que desconocen todavía a Jesucristo o que se han alejado de Él. Al calor de ese afecto nuestro y con ayuda de la gracia, muchas almas, quizá endurecidas por la indiferencia, se abrirán de nuevo al amor de Dios, y despertará en ellos el hambre por conocer al Padre bueno que aguarda su regreso.

Ponemos en manos de la Virgen nuestros propósitos e intenciones. A ella, le suplicamos: *Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra (...); vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos; y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!*

⁷ Francisco, *Audiencia*, 12 octubre 2016.